

# La construcción nacional en América Latina después de las independencias

---

Ainara Villaño Unzaga

**Trabajo de Fin de Grado**

Grado en Ciencias Políticas y Gestión Pública

**Dirección:** Fernando Molina Aparicio

Mayo de 2019

## ÍNDICE

1. Introducción .....	2
2. Corrientes teóricas para el estudio de las naciones y el nacionalismo .....	3
2.1. Recorrido por el siglo XX .....	3
2.2. Modernismo, primordialismo y etnosimbolismo. ....	6
2.3. El nuevo paradigma postmodernista .....	11
3. El largo siglo XIX (1789-1914) .....	12
3.1. El periodo de las independencias en América Latina.....	12
3.2. El largo siglo XIX en el mundo .....	16
4. La construcción nacional en América Latina como problema historiográfico.....	19
5. Los dispositivos de conformación nacional en América Latina.....	21
6. Conclusiones .....	31

## **1. Introducción**

La nación y el nacionalismo han desarrollado un papel fundamental en la historia política contemporánea y, a partir de las revoluciones de finales del siglo XVIII, se convierten en las entidades políticas de referencia en todo el mundo. Las ideas de la Ilustración configuran las bases de estas nuevas formas de organización política que se asentaban sobre la igualdad de derechos y la soberanía popular. Así, a lo largo del siglo XIX los estados-nación se consolidarán en todo el mundo gracias en parte al fortalecimiento del nacionalismo que reforzaba las identidades colectivas.

Esta época fue especialmente convulsa en América Latina. El ambiente ideológico de la Ilustración y las reformas borbónicas de finales del siglo XVIII potenciaron un proceso emancipador que terminaría con las independencias de prácticamente todo el continente. Los nuevos estados que nacieron en esta época se encontraron con la necesidad de conformar la identidad nacional de la ciudadanía para conseguir estados cohesionados y sólidos.

El interés particular de este trabajo es realizar una revisión bibliográfica que sintetice las aportaciones más importantes sobre la conformación nacional en América Latina. Además, se realiza un acercamiento a las principales corrientes teóricas sobre el nacionalismo para observar como se ha tratado la cuestión nacional en el continente latinoamericano y ver de ver forma pueden ayudar a explicarlo. De esta forma, se podrán identificar algunos de los dispositivos que forman parte de la conformación nacional y esto puede servir como base para posibles investigaciones relacionadas con la cuestión. En consecuencia, el presente trabajo no ambiciona responder a preguntas concretas sino llevar a cabo un trabajo de revisión bibliográfica sobre cómo se construye la historia nacional en América Latina, para en un futuro llevar a cabo una investigación más precisa

### **Hipótesis, objetivos y metodología**

La hipótesis principal del trabajo es que, en la conformación nacional en América Latina durante el siglo XIX, se desarrollan prácticas y discursos de exclusión étnico-culturales. Se trata de observar de qué forma el racismo, la etnicidad y la jerarquía cultural funcionan como dispositivos que condicionan la articulación de las nuevas naciones.

Por consiguiente, el objetivo principal del trabajo sería identificar algunos de los dispositivos que forman parte de la conformación nacional del continente latinoamericano poniendo en relación la bibliografía existente sobre la nación en América Latina.

Para ello, la metodología que mejor se ajusta a las necesidades del trabajo es una revisión bibliográfica. Este tipo de metodología consiste en realizar una investigación documental que recopile información existente sobre una problemática concreta. Las fuentes que se utilizaran en este trabajo son secundarias; artículos científicos, libros, trabajos académicos y documentales audiovisuales. La finalidad de esta documentación es proporcionar una visión sobre el estado de la cuestión en la actualidad y sintetizar las ideas principales del material que se ha recopilado. Esta revisión bibliográfica puede ser la primera etapa de un proceso de investigación futuro, para el que ya se tendrá una visión completa y un bagaje bibliográfico importante. Esa es precisamente una de las intenciones de este trabajo, realizar una labor de recopilación bibliográfica y de reflexión sobre ella, para poder posteriormente, llevar a cabo una investigación más concreta en forma de trabajo de fin de máster o de tesis doctoral.

## **2. Corrientes teóricas para el estudio de las naciones y el nacionalismo**

### **2.1. Recorrido por el siglo XX**

El tratamiento académico que ha experimentado el nacionalismo a lo largo del siglo XX y en la actualidad ha sido diverso y ha dado lugar a la creación de diferentes corrientes teóricas. Durante el siglo XIX las naciones se consideraban lo “natural” como el paso previo al Estado. Las primeras aportaciones relevantes sobre esta cuestión las encontramos entre las décadas de 1930 y 1960, sobre todo de la mano del filósofo e historiador Hans Kohn. Para este autor, los orígenes del sentimiento nacional se remontaban hasta la Grecia clásica por su autopercepción de “ciudadanos libres” aunque ligaba el sentido moderno del término a la idea de soberanía nacional. (Álvarez Junco, 2016). Asimismo, Kohn propone la distinción entre nacionalismo de tipo *étnico* y nacionalismo de tipo *cívico*. A mitad de siglo, Carlton Hayes fijó la atención sobre los contenidos religiosos del nacionalismo. Observaba el nacionalismo como un fenómeno caracterizado por exigir la lealtad absoluta a la nación cuando la política era un mundo

lleno de imaginación y emoción más que de racionalidad. Desde la perspectiva de la sociología, Karl Deutsch aportó un análisis cuantitativo de la evolución de los sentimientos nacionales en los años cincuenta. Lo hizo relacionándolo con las nuevas formas de comunicación nacidas a partir de la modernidad y considerando la nación como un grupo humano de hábitos comunicativos complementarios.

En los años sesenta, Elie Kedourie concluía su obra *Nationalism* rechazando la existencia de factores objetivos universalizables que fundamentaran el hecho nacional. Se refería a la raza, la lengua y la historia común entre otros. Una década después, el estudio de las naciones dio un vuelco con la publicación en 1971 de Anthony D. Smith *Theories of nationalism*. Smith defendió que el fenómeno nacional era una respuesta de las elites a la contradicción entre la cosmovisión religiosa y el estado científico moderno (Smith,2009).

La década de los ochenta se caracterizó por la producción mayoritaria de teorías de carácter modernista. En 1983 Ernest Gellner defendió que el nacionalismo era un producto de la industrialización y la modernización. El intercambio mercantil que se intensificaba en la modernidad demandaba espacios culturalmente homogéneos. A la vez, las nuevas relaciones de mercado crearon una nueva estratificación social y una nueva organización política (Álvarez Junco, 2016). En la teoría de Gellner, las elites juegan un papel central como impulsoras del nacionalismo para garantizar sus propios intereses. En la misma década, Benedict Anderson rechazó que el nacionalismo fuese una ideología y lo definió como un artefacto cultural al servicio de las elites. Además, acuñó el término “comunidades imaginadas” para referirse a las naciones que creía, solo existían en la mente de sus seguidores. A pesar del interés y la novedad de las aportaciones de Gellner y Anderson, sería Hobsbawn quien se convertiría en el representante de la corriente modernista con su obra de 1990 *Naciones y nacionalismos desde 1970*. Para este historiador británico, la característica básica de la nación moderna y de todo lo relacionado con ella es su modernidad, una modernidad que para él se iniciaba con la Revolución francesa y abarca los siglos XIX y XX (Álvarez Junco, 2016). Siguiendo la línea de Anderson, también afirmó que las naciones eran artefactos imaginados.

Las teorías modernistas dieron lugar a estudios novedosos en los años noventa. El estadounidense Michael Billig publicó un libro titulado *Nacionalismo banal* en el que

proponía prestar atención al nacionalismo que pasa desapercibido y que se introduce en lo cotidiano de nuestro día a día. Sostiene que este, sobrevive en los hábitos ideológicos y permite a los estados establecidos reproducirse diariamente (Álvarez Junco, 2016). Se refiere en este caso a cotidianidades tales como el cántico de un himno nacional en un acto deportivo o los símbolos nacionales que se representan en cualquier institución estatal. En relación a la producción modernista, no finalizó al iniciarse la década de los 90. La obra *La creación de las identidades nacionales* de Anne-Marie Thiesse continúa la corriente constructivista. Para esta autora se puede identificar un modelo estándar de construcción de identidades nacionales que permite diferentes montajes a partir de las mismas categorías básicas. Describe la identificación nacional como un proceso en el que la primera fase es la identificación de los antepasados, después la fijación del folklore para finalmente pasar a la conversión de este conjunto de ítems en una cultura de masas (Thiesse, 1999).

Las teorías modernistas tuvieron una buena aceptación en América Latina durante las décadas de los ochenta y noventa. Tras décadas de dictaduras militares, la llegada de gobiernos democráticos favoreció el despegue de las ciencias sociales en el continente. Autores como François-Xavier Guerra, Mónica Quijada, José Carlos Chiaramonte, David Brading y Hans König, entre otros, abordaron cuestiones relacionadas con el concepto de nación en los siglos XVIII y XIX.

Más adelante, en 2003, *Inventando la Nación* de Antonio Annino y François-Xavier Guerra deja completamente a un lado el esencialismo y defiende la importancia de la construcción social de la nación. Este trabajo muestra el carácter constructivista que adoptarían posteriormente las investigaciones sobre esta cuestión. En 2009, Guillermo Palacios coordinó una edición titulada *La nación y su historia. Independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación: América Latina, siglo XIX* en la que se debate sobre el papel de la historia como disciplina en la creación de la Independencia como mito fundacional (Perez Benavides y Yujnovsky, 2010).

A partir de las propuestas que ha planteado la historia conceptual, en la última década se ha analizado el uso del concepto de nación durante la primera mitad del siglo XIX. Asimismo, los estudios subalternos y poscoloniales han favorecido aproximaciones en las que se ha considerado el papel de los grupos sociales marginados y el uso que estos hicieron de las estrategias políticas y culturales que problematizan el lugar central que

ha ocupado el debate sobre lo nacional (Perez Benavides y Yujnovsky, 2010). Desde estas autoras, se critica que no se haya prestado atención a formas diferentes de organización colectiva que existieron durante ese periodo.

De esta forma, hemos recorrido las principales líneas teóricas sobre nacionalismo del siglo XX. Resulta evidente el predominio del carácter constructivista y de una manera de entender el fenómeno nacional asociada en gran parte a las ideas de Gellner, Anderson y Hobsbawm. Para análisis del caso latinoamericano ha destacado la perspectiva modernista, que rechaza el esencialismo y apuesta por una visión constructivista de la nación. Sin embargo, han existido corrientes que han defendido postulados distintos al modernismo, como el primordialismo o el etnosimbolismo. Resulta de especial interés para el trabajo un breve acercamiento a cada una de las corrientes principales para obtener una visión teórica amplia que nos ayude a comprender el fenómeno desde diferentes perspectivas.

## **2.2. Modernismo, primordialismo y etnosimbolismo.**

### **Modernismo**

El modernismo es considerado como la corriente hegemónica en los estudios sobre naciones y nacionalismos. Sin embargo, existen postulados y corrientes que critican su carácter constructivista. Algunas de ellas tendrán una naturaleza esencialista, otras buscarán un punto medio entre el esencialismo y el modernismo, y muchas se verán influidas por el postmodernismo y por el giro lingüístico.

Los postulados fundamentales del modernismo clásico se definieron en los años sesenta. A. Smith, pese a no ser considerado modernista, se encargó de sintetizarlos: 1) Las naciones son totalmente modernas. 2) Las naciones son producto del proceso de modernización. 3) Las naciones son consecuencia de las revoluciones que conforman el meollo de la modernidad, no de épocas anteriores. 4) El nacionalismo también forma parte de la modernidad y cuando los procesos de modernización se completen, este desaparecerá. 5) Naciones y nacionalismo son construcciones sociales y creaciones culturales pensadas para una era de movilizaciones de masas (Smith, 2009). De esta forma, las corrientes modernistas se pueden clasificar en función de la idea central que sostengan a la hora de explicar el fenómeno nacional.

Para Gellner, los argumentos socioculturales tienen que ser centrales dado que las naciones son funcionales a la sociedad. Estas, facilitaron la transición de la sociedad agraria a la sociedad industrial a través de la alfabetización y la homogeneización. Por otro lado, las posiciones más vinculadas al marxismo afirman que nación y nacionalismo son resultado del surgimiento del capitalismo.

Igualmente, la corriente modernista produjo argumentos de carácter político. De la mano de autores como Charles Tilly o John Breuilly en 1982, se consideró la idea de que la nación y el nacionalismo se formaban a partir de su relación con las fuentes de poder. La centralidad del Estado-nación proporciona la capacidad de generar identidades en las masas de ciudadanos (Moreno Almendral, 2016).

A estas aportaciones se sumaron durante la década de los ochenta algunos autores de tradición marxista que otorgaron a la corriente un dinamismo que serviría para afianzar su hegemonía en este campo. Entre ellos, Eric Hobsbawm sostuvo que las naciones eran artefactos culturales fabricados por las élites en el poder o las excluidas de él que quieren conseguirlo. (Hobsbawm, 1990). Igualmente, Paul Brass mantuvo esta perspectiva instrumentalista de la nación y afirmó que las naciones funcionan como herramientas para que las elites dominen a la ciudadanía y que esta dinámica está íntimamente relacionada con la industrialización y las nuevas sociedades capitalistas.

Uno de los autores modernistas más reconocidos fue Benedict Anderson con su obra de 1983 *Comunidades Imaginadas* en la que defendió que las naciones son abstracciones grupales de gran operatividad y radicalmente subjetivas, resultado de la modernización cognitiva producida en los siglos XVIII y XIX (Anderson, 1983). En esta obra, Anderson dedica un capítulo al caso latinoamericano titulado “Los pioneros criollos” en el que estudia la aparición del nacionalismo en los nuevos estados americanos durante los siglos XVIII y XIX. Para el autor, este nacionalismo resulta especialmente interesante ya que no puede explicarse ni en términos de lenguaje ni en términos de clase. No había una lengua común más allá de la de la metrópoli y tampoco existía una clase media fuerte que fuera capaz de movilizar al pueblo en nombre de la nación. Apunta que el objetivo de las élites que lideraron las independencias no era otro que defender sus privilegios sobre la población indígena y que, en muchos casos, los indios apoyaron a las metrópolis durante el levantamiento. De esta forma, sin una lengua propia que pudieran reivindicar como nacional y sin una clase media fuerte, las



élites criollas crearon un sentimiento nacional que Anderson explica a través de cuatro factores.

El primero de ellos es el rechazo de los latifundistas latinoamericanos a las reformas borbónicas que ponían en riesgo los privilegios que éstos tenían sobre las poblaciones indígenas. El segundo tiene que ver con la influencia de las ideas liberales en las elites y el tercero con la organización administrativa de las colonias. Anderson considera que el hecho de que cada una de las repúblicas fuera una unidad administrativa, favoreció que con el tiempo surgieran diferencias políticas y económicas entre los territorios. Finalmente, el cuarto factor está relacionado con la política comercial promovida por la metrópoli y favoreció que las unidades administrativas se convirtieran en territorios diferenciados al prohibir el comercio entre colonias. Vemos así como el análisis de Anderson del caso latinoamericano tiene un marcado carácter constructivista y presta especial atención a los intereses de las élites que se encargaron de construir la nación.

### **Primordialismo**

La idea central de esta corriente es que las naciones son entidades de origen premoderno que han existido desde las primeras sociedades. Se trata de fenómenos inherentes a la condición humana y que, por tanto, responden a necesidades humanas básicas. El punto en común de las distintas posturas modernistas es su rechazo al modernismo y la separación entre nación y nacionalismo.

En relación a las distintas posturas, existe un primordialismo sociobiológico que observa la nación como una forma compleja y avanzada de algo mucho más básico como el grupo étnico o la familia (Moreno Almendral, 2016). El sociólogo y antropólogo Pierre van den Bergue afirma que en los genes y en los instintos de todo ser humano se haya la necesidad de vivir en comunidades de parentesco biológico primero y cultural después. De esta forma, la nación no sería sino la culminación de la familia. Por otro lado, se encuentra el primordialismo cultural representado por Clifford Geertz en la década de los sesenta que considera la existencia de elementos culturales consustanciales al ser humano, como el fenotipo, la etnia o la lengua nativa. Para Geertz, estos elementos no pueden ser explicados desde la teoría constructivista porque la construcción en sí es posterior a la existencia de tales realidades culturales (Moreno Almendral, 2016). Una versión más actual de esta corriente se presenta en 2005 de la mano de Steven Grosby que sugiere que los vínculos sociales responden a la versión

más cotidiana del instinto natural de conservación, relacionado al parentesco y a la territorialidad (Grosby, 2005).

En este punto, es interesante considerar el enfoque neoperennialista que se aleja de los postulados más radicales del primordialismo clásico. Se rechaza la idea de la existencia de naciones desde siempre y en relaciones necesidades humanas, aunque se reconoce que algunas de ellas existieron previamente a la modernidad. Caspar Hirschi realizó varios estudios sobre los orígenes de la nación alemana concluyendo que el nacionalismo y la nación fueron resultado de una contradicción: la que se produce en Europa durante la Edad Media entre una cultura política imperial romana y una realidad política fragmentada (Hirschi, 2012). La aportación de Hirschi coloca el lenguaje en el centro de su teoría y subraya la importancia de la conceptualización de la nación y el patriotismo previa a la modernidad. De esta forma, se cree que a través del lenguaje se imagina y se construye la nación entre la Edad Media y el Renacimiento.

### **Etnosimbolismo**

El etnosimbolismo se presenta como la corriente teórica intermedia entre los enfoques constructivistas y los esencialistas, entre el modernismo y el primordialismo. Sin embargo, muestra algunas características comunes con el modernismo. Ambas entienden las naciones como comunidades sociológicas de reales, dotadas de sentido y dinamismo. En este sentido, coinciden en observar las naciones desde sus contextos históricos concretos.

Los cimientos sobre los que se construye la corriente etnosimbolista son los siguientes:

- 1) Es necesario otorgar mayor importancia a los recursos simbólicos y a los elementos culturales que representan la identidad nacional a la hora de abordar el fenómeno nacional.
- 2) Rechazo a la idea de que las naciones son exclusivamente modernas.
- 3) La etnia y la etnicidad tienen que ocupar un papel central en el análisis de fenómeno nacional. Hay numerosos casos en los que las naciones se han construido a partir de la etnicidad.
- 4) Se propone prestar atención a los procesos de construcción nacional que emergen desde el pueblo y no tanto a los procesos iniciados desde las elites (Moreno Almendral, 2016).

Anthony Smith se ha convertido en el mayor representante de esta corriente y en un autor fundamental al que recurrir para el análisis del fenómeno nacional. En su obra de

2009 *Etno-symbolism and Nationalism* ofrece algunas definiciones sobre conceptos clave que se tendrán como referencia a lo largo del trabajo:

1. *Ethnos*. Una comunidad humana con un nombre propio y autoconsciente, cuyos miembros poseen un mito de ascendencia común, memorias compartidas, uno o más elementos de cultura común, incluyendo la asociación con un territorio, y un cierto grado de solidaridad, al menos entre los estratos superiores (Smith, 2009: 27).
2. Nación. Una comunidad humana con nombre propio y autoconsciente, cuyos miembros cultivan memorias, símbolos, mitos, tradiciones y valores compartidos, habitan y están ligados a territorios históricos o «patrias», crean y difunden una cultura pública distintiva y observan unas costumbres comunes y unas leyes estandarizadas (Smith, 2009: 29).
3. Identidad nacional. La continua reproducción y reinterpretación del patrón de valores, símbolos, memorias, mitos y tradiciones que componen el patrimonio distintivo de las naciones, y la identificación de los individuos con ese patrimonio o herencia, así como con sus elementos culturales (Smith, 2009: 109).
4. Nacionalismo. Movimiento ideológico, político y/o social que, en nombre de una población, algunos de cuyos miembros creen que constituyen una nación, real o potencial, busca alcanzar y/o mantener para esa nación un estatus definido por los principios de autonomía, unidad, identidad, autenticidad, patriotismo, dignidad, continuidad y destino propio. El nacionalismo, dotado de un lenguaje específico, conlleva una cosmovisión o «núcleo doctrinal» basado en seis premisas: la humanidad está dividida en naciones, cada una con su propio carácter, historia y misión; la nación es la única fuente de poder político en última instancia; la lealtad a la nación está por encima de otras lealtades; para ser libres, los seres humanos deben pertenecer a una nación; las naciones requieren el máximo de autonomía y autoexpresión; y la paz y la justicia globales solo pueden construirse sobre la base de una pluralidad de naciones libres (Smith, 2009: 61-63).

En el mismo libro, Smith introduce el concepto de la etnogénesis que se refiere al proceso en que las naciones se crean a partir de la etnia preexistente. Para que se desarrolle esta transformación es necesaria la puesta en marcha de algunos procesos

políticos y sociales. Se necesita en primer lugar, la creación de un cuerpo burocrático formado por miembros de la etnia que establezca el Estado con una etnia dominante. En segundo lugar, se requiere de una movilización vernacular en la que las élites intelectuales descontentas pongan en marcha una mayor cantidad de recursos culturales que fortalezcan a la etnia dominante (Moreno Almendral, 2016).

A pesar de todo, Smith no niega el papel de las élites en el proceso de construcción nacional. Su tesis se basa en que éstas, para tener éxito, necesitan la existencia de elementos étnicos previos que hagan a la población sensible a su reelaboración simbólica (Smith, 2009). Ese es precisamente el objetivo o el sentido que se le atribuye desde el etnosimbolismo al nacionalismo, la elaboración de recursos simbólicos que fortalezcan la nación dominante. En su obra más reciente *Etno-symbolism and Nationalism*, Smith únicamente menciona el continente latinoamericano en un apartado dedicado al análisis de la propagación de mitos nacionales durante los siglos XVIII y XIX en Europa. Se menciona que también en América Latina se dio esta tendencia.

### **2.3. El nuevo paradigma postmodernista**

Los nuevos autores consideran que las ciencias sociales y la historiografía se han estancado en un debate estéril sobre la antigüedad de las naciones (Moreno Almendral, 2016). Esto, añadido al contexto socio-intelectual de la postmodernidad, ha alimentado nuevos enfoques teóricos sobre las naciones y el nacionalismo. El elemento que comparten la mayoría de ellos es el rechazo a la existencia real de las naciones. Desde un punto de vista lingüístico se perciben como engaños y artificios al servicio de intereses concretos.

Partha Chaterjee desde la inspiración de los estudios subalternos reclama la necesidad de desarrollar una forma de comprender el fenómeno nacional sobre de marcos cognitivos occidentales. Para este autor, la construcción nacional en el mundo postcolonial demanda una narrativa específica (Chaterjee, 1993).

Desde el campo feminista también se han aportado visiones alternativas. Pensadoras como Nira Yuval-Davis y Floya Anthias afirman que identificar las formas de participación de las mujeres en los procesos de construcción nacional es una cuestión clave, dado que a estas se les ha atribuido tradicionalmente la función reproductora de las comunidades. (Yuyal-Davis y Anthias, 1989)

Craig Calhoun ofrece un punto de vista wittgensteiniano al definir el nacionalismo como una mera formación discursiva. El discurso crea la realidad y hace que esta se instale en nuestras conciencias. A partir de esta lógica se crea la nación, a través de una sensación de familiaridad. En la misma línea, Umut Özkirimli propone observar el nacionalismo como un discurso que aspira a ser hegemónico y a naturalizarse a sí mismo (Moreno Almendral, 2016)

Finalmente, resulta interesante la aportación de M. Billig por su originalidad. El nacionalismo es percibido como una historia de exacerbación, exceso y egoísmo agresivo que resulta incluso hasta banal. La extensión de la nación se ha introducido en lo más cotidiano de nuestras vidas y, a partir de esta idea, Billig acuña el término *nacionalismo banal*.

### **3. El largo siglo XIX (1789-1914)**

#### **3.1. El periodo de las independencias en América Latina**

##### **El marco ideológico**

Como hemos visto anteriormente, el siglo XIX estuvo marcado por la corriente de pensamiento de la ilustración. En el caso latinoamericano hay que añadir además, la influencia de la independencia de las Trece Colonias, la Revolución francesa y la independencia de Haití. Las ideas liberales se expandieron rápidamente por América e incitaron a las elites criollas a asumir el liderazgo cultural e intelectual del continente.

Jaques Lafaye defiende que desde la segunda mitad del siglo XVIII se crearon cátedras de derecho que formarían a los futuros teóricos de la emancipación y, después de la independencia, los miembros destacados de las asambleas constituyentes. (Lafaye, 1990; citado en Del Alcazar et al. 2002). Por otro lado, Céspedes del Castillo considera que la interrelación entre procesos independentistas y la Ilustración ha de ser entendida desde la premisa que en América la Ilustración fue un fenómeno minoritario que provocó rechazo entre los conservadores y aceptación entre algunos progresistas. Se aceptan los principios intelectuales, científicos y económicos, pero no los políticos (Céspedes del Castillo, 1998).

En primer lugar, la independencia de los Estados Unidos puso en evidencia un nuevo modelo de sociedad y de instituciones. Este nuevo modelo había de ser construido desde

la ruptura con la metrópoli y esta posibilidad no hizo sino excitar la imaginación de los hispanoamericanos. Además, vemos como a partir de 1810 la influencia de Estados Unidos se ve reflejada en las constituciones de México o Venezuela.

En segundo lugar, la Revolución francesa tendrá un papel más relativo en el marco ideológico del continente durante el siglo XIX. Es importante tener en cuenta que el ideal de *igualdad* propugnado por los revolucionarios casaba mal con una sociedad en la que la mayoría de la población eran indios, negros y mestizos (Del Alcázar et al, 2002). En relación, François X. Guerra señala que la influencia de la Revolución francesa en Latinoamérica se expandió sobre todo después de las abdicaciones de Bayona al producirse una ruptura radical en el imaginario de las élites. (Guerra, 1993; citado en Del Alcázar et al, 2002)

Por último, la revuelta de los esclavos de Haití en 1791 sirvió como advertencia a las oligarquías del continente, sobre todo después de que la violencia se propagara entre los esclavos de Venezuela. Las élites tomaron nota del resultado que podía tener la explotación salvaje de los habitantes africanos por parte de la población minoritaria blanca.

### **Las reformas borbónicas**

El interés de España en las colonias era explotarlas en su beneficio y cualquier análisis sobre esta cuestión debería partir de esa idea. La intervención del estado en las colonias giraba en torno a tres cuestiones: exportar plata hacia la península, exportar otras mercancías y dar ocupación a la marina española. Sin embargo, el monopolio comercial que trataba de imponer España se fue superando al surgir el comercio intercolonial. De esta nueva forma de comercio emergió una élite criolla terrateniente con aspiración a aumentar su poder en las instituciones coloniales.

Durante el primer reinado de Carlos III (1759-1788) se trató de frenar el poder de los criollos y de reconducir el comercio colonial. La primera medida del monarca fue articular una fuerza militar que protegiera las colonias de los ataques de otras potencias y sobre todo de posibles alzamientos internos. Además, se decretó la desaparición de las encomiendas. Esta última medida fue interpretada por los criollos como una intromisión intolerable en su control de la mano de obra (Del Alcazar et al, 2002). A través de la encomienda se establecía que un peninsular o un criollo tenía a su disposición un pueblo

de indios y que estos debían servirlo y pagarle tributos. Se trataba de una institución muy eficaz que organizaba la población indígena como mano de obra forzada. La Corona utilizaba la encomienda para recompensar a los que habían contribuido a la conquista.

La necesidad de financiación del reino después de la Guerra de los Siete Años impulsó a Carlos III a reformar la fiscalidad colonial. Los impuestos empezaron a cobrarse por funcionarios directos de la Corona y no a través de funcionarios privados. De esta forma, la burocracia estaba controlada y garantizaba que los recursos llegaran a la metrópoli. Asimismo, con el objetivo de evitar el contrabando que se estaba dando anteriormente en el puerto de Buenos Aires se crea el virreinato de Río de la Plata. De esta forma, se podía controlar el comercio de esa región y recaudar impuestos directamente desde dicho puerto. También se creó el virreinato de Nueva Granada y se separa el virreinato del Perú de forma que las rutas de navegación cambiaran y el puerto principal dejara de ser el de Perú.

En definitiva, la reformulación de las relaciones coloniales llevada a cabo por Carlos III evidenció la carga que suponía la metrópoli para las colonias, que aspiraban a abrir nuevas posibilidades de mercado con la economía americana. (Del Alcazar et al, 2002). De la misma forma, proteger la oligarquía criolla de las demandas del resto de la población no blanca cada vez resultaba más difícil para España. “La lucha por la independencia será también la lucha por el contacto directo entre la América hispana y la que era cada vez más la nueva potencia económica mundial: Gran Bretaña.” (Del Alcázar et al, 2002:52). En este sentido, resulta muy ilustrativa la interpretación de Lynch que distingue dos conquistas: la primera sobre los indios, y la segunda, sobre los criollos (Lynch, 1976).

### **Las causas de la independencia**

Tanto el marco ideológico global como las reformas borbónicas sirvieron de impulso a las élites criollas hacia la independencia. Este ambiente de rechazo a la metrópoli estalló al producirse la doble abdicación de Carlos IV y Fernando VII. La formación de las juntas en 1808 generó dos bandos: los realistas y los autonomistas criollos. Sin embargo, esta fragmentación política requiere de matices pues no se dió de igual forma en diferentes territorios. Además, dentro de la población blanca hubo criollos partidarios

de la independencia, pero también los había que defendían el statu quo y la autoridad de la monarquía española.

La explotación económica del Continente durante el periodo colonial exigió el desarrollo de formas políticas, sociales y económicas diseñadas para el beneficio de una élite exclusiva formada por blancos, criollos y peninsulares. Esta sociedad piramidal favoreció la aparición de grupos oligárquicos de poder económico que trabajaban como intermediarios, una nueva clase burócrata. Teniendo en cuenta este contexto, Del Alcázar afirma que a la emancipación política se llegó por tres tipos de razones diferentes pero estrechamente interconectadas: razones de carácter socioeconómico, razones de carácter político y razones de carácter ideológico. (Del Alcázar et al, 2002).

En el plano socioeconómico, las contundentes reformas fiscales de Carlos III generaron un ambiente de rechazo a la monarquía que se expandió rápidamente por el continente. Es necesario mencionar también, que el desarrollo industrial tuvo repercusiones en las relaciones internacionales y que, de forma progresiva, se configuraron los elementos de lo que sería la nueva división internacional del trabajo.

Las razones políticas tienen que ver con el creciente descontento de las élites criollas con la Corona. Durante los años de bonanza mercantil las clases criollas vieron aumentar su capacidad adquisitiva. Sin embargo, esto no supuso un aumento de su relevancia política y comenzaron a sentirse económicamente perjudicados bajo la autonomía de España. Asimismo, la crisis política que sacudió la península en 1808 con la invasión napoleónica abrió un debate en las colonias sobre la soberanía y la representación en ausencia del rey (Del Alcázar et al, 2002).

Por otro lado, el ambiente ideológico y la influencia de la Ilustración en las independencias latinoamericanas suponen un punto polémico en la historiografía. Como hemos visto anteriormente, hay autores que defienden que esta corriente de pensamiento fue determinante para la formación ideológica de la época. Sin embargo, hay quienes como Lynch, que creen que “defender que la Ilustración hizo revolucionarios a los americanos es confundir causa y efecto.” (Lynch, 1976). En lo que si coincide la historiografía es en peso que ejercieron la independencia de las Trece Colonias, la de Haití y la Revolución francesa sobre el continente americano los primeros años del siglo XIX.



### **3.2. El largo siglo XIX en el mundo**

Una de las primeras preguntas que se hace el historiador Jürgen Osterhammel al comenzar su obra *La transformación del mundo: Una historia global del siglo XIX* es ¿Cuándo ocurrió el siglo XIX? Considera que el lapso temporal de 1801 a 1900 no se corresponde con ninguna percepción de la realidad puesto que ni el principio ni el final del siglo coincidirían con acontecimientos e hitos significativos y característicos del periodo a estudiar. Además, la carga semántica de estas fechas que propone el calendario, ponen de manifiesto que quizá sea necesario replantearse cuando se desarrolló el siglo XIX. Se trata de una cuestión fundamental para un buen análisis historiográfico, pues en palabras del propio Osterhammel “la periodización sin contenido no aporta nada al conocimiento histórico.” (Osterhammel, 2014:79).

Algunos historiadores abogan por la idea de un siglo XIX largo, que iría desde el inicio de la Revolución Francesa (1789) hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial (1914). Sin embargo, otros autores relacionados con el campo de la política internacional prefieren la idea de un siglo corto que se inicie con la reordenación de Europa en el congreso de Viena (1815) hasta la entrada de los Estados Unidos en la política mundial (1898). Pese a que afirma que reconocer 1789 como el inicio de la edad moderna es otorgar demasiada relevancia a Francia, Osterhammel apuesta por un siglo XIX largo. De esta forma, el presente trabajo seguirá la línea de este autor al considerar como esenciales los periodos revolucionarios de finales del siglo XVIII para comprender tanto el periodo de independencias en América Latina como la posterior formación de Estados independientes.

#### **La época de collado o “El naufragio de las naciones”**

Reinhart Koselleck acuñó el concepto de *Sattelzeit* o “época de collado” para referirse al periodo que transcurrió entre 1770 y 1830 (Reinhart, 1972; citado en Osterhammel, 2014). Al mismo lapso temporal, C.A. Bayly lo denominó como “El naufragio de las naciones” (Bayly, 2004). Se le atribuye por tanto, un carácter propio a esta época por presentar los siguientes rasgos:

A lo largo de este periodo se produjo un cambio radical en la relación de fuerzas a nivel mundial (Bayly, 2004). Durante el siglo XVII las potencias mundiales coexistieron y aunque existía competencia entre los imperios, ninguno de ellos contaba con una fuerza

militar evidentemente mayor que los demás. Sin embargo, la renovación de algunos estados europeos como Gran Bretaña, puso a Europa en la cúspide militar a nivel mundial en las décadas de 1760 y 1770. Las sociedades de colonos del hemisferio occidental se emancipan políticamente y contribuyen junto con la colonización de Australia a reforzar la posición de superioridad de los “blancos” en el mundo.

Una de las novedades de la época fue la aparición de nuevas formas de solidaridad inclusivas en el marco de la igualdad ciudadana (Osterhammel, 2014). El nacionalismo que emergía reforzó las identidades colectivas mientras establecía diferencias con los pueblos fronterizos. En consecuencia, este nacionalismo fue especialmente exitoso como ideología integradora en países como Francia o Gran Bretaña que contaban con capacidades de un estado territorial. En los demás países europeos tuvo un efecto de reacción en contra de la expansión del imperio de Napoleón y en el caso latinoamericano no se extendería hasta los movimientos de liberación de la década de 1820. Las guerras revolucionarias y ocupación napoleónica empezaron a estimular los patriotismos del siglo XVIII hacia concepciones próximas a la del estado nación moderno que atraían sobre todo a nuevas clases medias (Bayly, 2004)

La época de collado no se caracteriza por la irrupción de la democracia. La Revolución Francesa no supuso la democratización de Europa y aunque las ideas de las Luces se expandieron, no sucedió lo mismo con los planteamientos democráticos. Los países del sur del continente seguían gobernados por regímenes absolutistas mientras que los magnates aristocráticos no encontraron problemas para gobernar Gran Bretaña hasta 1832 (Osterhammel, 2014). Se generó una cultura de la oposición, que a raíz de la pobreza, la privatización y los conflictos, se planteaba la legitimidad de los gobernantes a gobernar (Bayly, 2004).

### **Los estados nación**

Durante el siglo XIX prácticamente todas las personas de la tierra vivían bajo la autoridad de imperios y estados nación. Fueron sin duda las entidades políticas que marcaron el siglo. Tanto fue así, que la política internacional comprendía el Estado organizado como unidad normal de acción política y militar.

Hablamos de la primera época de naciones movilizadas. El servicio militar se generalizó después de las guerras revolucionarias y los ejércitos se volvieron masivos en Europa

sobre todo. Se trata de un proceso que se dio de forma gradual y de forma coordinada entre los diferentes estados y eso explica, que desde el hundimiento del imperio napoleónico en 1815 se produjera un efecto de freno de fuerzas contrarias (Osterhammel, 2014). Además, el desarrollo tecnológico dotó a los estados nación de una capacidad destructora que no se había conocido hasta entonces, con nuevas armas de fuego y nuevas estrategias bélicas. Estas nuevas herramientas de guerra estaban íntimamente relacionadas con el desarrollo industrial del país de forma que los países con una estructura fabril más desarrollada tenían capacidad de producir armas en mayores cantidades. De esta forma, se abrió una brecha armamentística entre los estados relacionada con la brecha industrial.

Así, hemos visto como el desarrollo de los estados nación, a diferencia de los imperios, son un fenómeno moderno del siglo XIX. En tanto que se trata de entidades políticas dinámicas y en un constante proceso de construcción y consolidación, resulta complicado elaborar una definición que se ajuste a las realidades de la época. Sin embargo, un primer acercamiento sería afirmar que el estado nacional moderno es una entidad política en la ciudadanía, es titular de la soberanía. Se basaba en teoría, en la igualdad de derechos y en la participación del pueblo en las instituciones del estado.

El siglo XIX fue un periodo de internacionalización del nacionalismo. Este, como proyección política, juega un papel determinante en la construcción de los estados nación. Es importante verlo como proyección política en tanto que se concibe a sí mismo como una comunidad con un destino común basado en un sentimiento de pertenencia colectivo por razones culturales y territoriales. Concretamente, una nación ambiciona la autonomía política sobre un territorio definido y para ello necesita la figura del estado. En relación al papel del nacionalismo en esta cuestión, H. Schulze afirma que en Europa surge primero el estado moderno y luego el estado nación (Schulze, 1994; citado en Osterhammel, 2014). W. Reinhard sin embargo, considera que “la nación era la variable dependiente de la evolución histórica y el poder estatal la independiente” (Reinhard, 1999; citado en Osterhammel, 2014). Es decir, el estado nación no fue resultado de un proceso de formación de identidad nacional sino el resultado de la voluntad de las élites y aparatos estatales. De esta forma, el sentimiento nacional es instrumentalizado por una élite política para dar forma e integridad al estado. Prueba de ello son los procesos homogeneizadores que se dan durante la

consolidación de los estados y que desplazan las identidades nacionales minoritarias, como veremos más adelante.

Acerca de esta cuestión, C.A. Bayly distingue las siguientes posibilidades que coincidieron en el tiempo: naciones que surgen de viejos patriotismos (Francia, Japón o Inglaterra), estados que no sabían si fomentar o no el nacionalismo (China, Rusia y Austria- Hungría) y naciones creadas por los estados (Belgica, EEUU y los nacionalismos de América Latina) (Bayly, 2004).

En definitiva, el nacionalismo nace como mitología política que ayuda a movilizar a las masas para fortalecer los estados durante el siglo XIX. Sobre todo, como un proceso que moldeó el sentimiento nacional en interés de la maquinaria estatal. (Hobsbawn, 1990).

#### **4. La construcción nacional en América Latina como problema historiográfico**

La nación juega un papel central como sujeto político en la historia contemporánea, es indudable. La centralidad de esta como pilar de la organización política ha ido acompañada de la aceptación de su carácter natural. Las sociedades burguesas asumían que habían sido liberadas por fin de los obstáculos que los regímenes anteriores les habían impuesto para su libre desarrollo. Como hemos visto en el segundo apartado, los estudios sobre la nación han cuestionado esta naturalidad de las naciones y la historicidad del concepto de nación. Además, se ha adoptado una posición constructivista al afirmar que la nación nace en un tiempo y un espacio determinado y que es construida por la humanidad para funcionar como exterior constitutivo. De alguna forma, la ruptura con el antiguo régimen que distinguía con claridad a los súbditos de los gobernantes requería de unas nuevas categorías. Así, la ciudadanía transita de la categoría de súbdito a la categoría de nacional. Esta nueva identidad permite que los que antes entendían que eran súbditos ahora entiendan que son nacionales y que se diferencian de otros nacionales. Por tanto, se articula un proceso de distinción entre un “nosotros” y un “ellos” que constituirá el pilar de las naciones contemporáneas. Sobre esta cuestión, Tomás Pérez Vejo afirma que “La nación es sólo la respuesta que las sociedades nacidas de las convulsiones del antiguo régimen dan al

problema de la identidad y de la legitimación del ejercicio del poder político en el momento histórico concreto de las revoluciones liberales.” (Pérez Vejo, 2003: 281).

El caso de la construcción nacional en América Latina puede considerarse como uno de los procesos más exitosos y masivos. Como hemos visto, el propio Anderson dedicó un capítulo de su obra *Comunidades Imaginadas* a analizar el caso, concluyendo que las élites criollas fueron pioneras en la construcción del nacionalismo moderno al crear las condiciones para la existencia de un vínculo de ciudadanía horizontal que permitió el nacimiento de una comunidad imaginada (Anderson, 1983: cap 4). En apenas 20 años emergieron un total de 15 nuevos estados en América Latina. Lo cierto es que con el fin del imperio español, las élites de un lado y otro del Atlántico se encontraron con el reto de construir la nación como sustituta del viejo principio de legitimidad monárquico muerto simbólicamente con la Constitución de Cádiz (Pérez Vejo, 2003).

Las élites hispánicas no tardaron mucho en comprender que para imaginarse como españoles primero había que construir una nación y después, hacerla visible en los imaginarios colectivos de cada comunidad. El papel del relato historiográfico es central en esta cuestión. Su función ha sido la de elaborar un relato mito-poético en el que las independencias se presenten como guerras de liberación nacional. El caso latinoamericano contaba con el inconveniente de que primero se proclamaron los estados y luego hubo que construir las naciones. En consecuencia, el reto historiográfico es abordar el proceso mediante el cual los nuevos estados tratan de hacer creer a la población de que ya no eran hijos de un monarca sino hermanos de una nación (Pérez Vejo, 2003). Es importante tener en cuenta que, en este caso, ninguno de los elementos étnico-culturales clásicos (raza, lengua e historia) podía utilizarse en principio en los nuevos estados latinoamericanos. Después de las guerras de independencia, el territorio estaba habitado por poblaciones muy dispares con diversos grados de mestizaje y con lenguas muy diferentes. Frente a esta situación, para construir un imaginario de uniformidad étnica que sirviera como pilar de la nacionalidad hubo que territorializar la historia.

Los procesos de nacionalización tienen que ver con los aspectos culturales más que con los políticos, al fin y al cabo, se trata de elaborar modelos culturales que se introduzcan en los imaginarios de la población. Este proceso puede hacerse desde el estado, o desde fuera del estado; desde arriba, o desde abajo. En América Latina se dio una extraña

mezcla de ambos. El colapso del imperio español genera un vacío de poder y de legitimidad que facilita que nuevas formas de poder ocupen un lugar a partir del cual empezar a construir nación. Para Tomas Pérez Vejo, los retos historiográficos que plantea esta situación son los siguientes: ¿Por qué unas naciones y no otras? ¿Cómo se construye y difunde la historia nacional? ¿Cómo se produce una homogeneización nacional? ¿Cómo se construye una cultura nacional? ¿Cuáles son los diferentes procesos de construcción nacional en América Latina? (Pérez Vejo, 2003). Hay que tener en cuenta que este trabajo no aspira a responder a estas preguntas de forma concreta, sino a examinar la literatura y la historiografía escrita sobre cómo se construye una historia nacional y una cultura nacional, para determinar cuáles son los dispositivos de conformación nacional en la América Latina posterior a las independencias.

## **5. Los dispositivos de conformación nacional en América Latina**

La historiografía sobre la construcción nacional en América Latina ha prestado especial atención al racismo y a la etnicidad, como elementos intrínsecos de las naciones y de los nuevos estados-nación. Estos se construyeron a partir de la idea de que las naciones eran una realidad natural con objetivos propios y que no todas las personas que vivían en ella eran igualmente apropiadas para lograr dichos objetivos (Pérez Vejo, 2014). Este dilema se resolvió anteponiendo los intereses de la nación por encima de los intereses individuales. De esta forma la exclusión se volvía una necesidad justificada.

Para sortear este hecho, los politólogos y los académicos de las ciencias sociales trataron de diferenciar en la segunda mitad del siglo XX entre un nacionalismo étnico-cultural y un nacionalismo cívico. El primero de ellos, con un carácter más objetivista y naturalista, nace como oposición al cosmopolitismo ilustrado y bebe de las corrientes románticas en las que la nación era representada como un realidad natural definida por la raza, la lengua y la cultura. El segundo, subjetivista y voluntarista, nacido durante la ilustración se basa en una visión jurídico-política de la nación que se confundirá en ocasiones con el Estado. El carácter del segundo es tan excluyente como el primero. En la declaración de Clermont-Tonnerre de 1789 ante la Asamblea Nacional Francesa: *“a los judíos como nación no les concedemos nada: a los judíos en tanto individuos, se lo concedemos todo”*. Se estaba pidiendo a los judíos franceses que renunciaran a ser lo primero para poder ser lo segundo pues no eran compatibles una identidad judía y una identidad francesa (Pérez Vejo, 2015). A pesar de esta diferenciación que intenta

separar la raíz ideológica de ambos nacionalismos, los dos comparten la idea de la nación como realidad objetiva portadora de una misión. No todos los grupos étnico-culturales contribuyen de forma positiva a los objetivos de la nación y en consecuencia han de ser excluidos. Vemos así, como la exclusión se encuentra en la esencia ideológica de ambas propuestas.

La compatibilidad de los grupos étnicos en la conformación nacional no se planteó durante las independencias. En aquel momento, el principal objetivo de las elites criollas era construir estados fuertes y competitivos a la altura de la época. Posteriormente, hubo que articular una construcción nacional sólida que fortaleciera los nuevos estados. Se elaboraron dos grandes relatos (Pérez Vejo, 2015):

El primero de ellos se articuló en torno a un ciclo de nacimiento, muerte y resurrección de la nación. El origen de esta se hallaba en el mundo prehispánico para morir durante la conquista y resucitar con la independencia. El sujeto de nacionalidad pasa a ser la etnia mítica prehispánica que se glorifica y se reivindica desde un marco de injusticia que hace referencia a los abusos del periodo colonial. Este relato tendrá que convivir, sobre todo durante el siglo XIX, con un racismo anti-indígena que se fortalece después de algunas interpretaciones del darwinismo social.

El segundo relato se elaboró en torno a la metáfora del hijo que una vez pasa a ser adulto se emancipa y se hace independiente. Estas naciones, a diferencia del primer relato, nacen con la conquista. El periodo colonial es visto como una etapa de crecimiento y de maduración que culmina con la independencia del hijo adulto durante las independencias. En este caso, los sujetos de nacionalidad con los conquistadores hispanos y su descendencia. Este relato convivió con lo que significaba asumir los rasgos de nacionalidad de la antigua metrópoli en los nuevos estados-nación.

Los dos relatos se encontraron con problemas al tener que imaginarse una etnia mítica que funcionara como hilo conductor. Sobre todo, el primero de ellos tuvo que enfrentarse a la realidad de unas elites constructoras de la nación que eran profundamente racistas y que rechazaban lo indígena. El éxito de cada uno de los relatos varió de unos estados a otros. Sin embargo, merece la pena prestar atención al caso de México, en el que esta colisión entre el relato prehispánico y unas elites profundamente racistas es bastante evidente. A diferencia del caso argentino en el que lo indígena estaba completamente ausente en la elaboración de la historia nacional, México

recupero el pasado prehispánico de las poblaciones indígenas y a través de exaltaciones retóricas construyó un relato de nación.

De igual forma, el triunfo de uno y otro relato produjo discursos y prácticas de exclusión étnico-culturales y marginación. Vemos, por tanto, que la tendencia fue la exaltación retórica del pasado. “La raza, de manera general, se impuso a la nación como vertebradora de la praxis política y la idea de nación cuyo origen y rasgos de identidad se remontaban al mundo de las culturas prehispánicas, y convivió sin demasiados problemas con la exclusión y marginación de los indígenas vivos.” (Pérez Vejo, 2014: 199).

El relato que reivindicaba el pasado prehispánico en algunos estados-nación latinoamericanos, tempranamente se encontró con un racismo científico que defendía la mala calidad étnica de las poblaciones nativas. Esta problemática se agudizó a medida que avanzaba el siglo XIX y la idea de dejar al margen de la vida pública y la sociedad civilizada a las poblaciones nativas cobraba fuerza (Quijada, 2003).

### **Racismo**

Hegel consideraba que las tres funciones de la religión eran la fundación de mitos, la estética y la moralidad. A partir de finales del siglo XVIII, el nacionalismo y la ciencia desplazaron al cristianismo y los espacios que este cubría quedaron vacíos. Los Estados-nación como formas de organización del poder político se basaron durante todo el siglo XIX en prácticas de exclusión étnico-culturales y en el racismo.

La creencia de que las características individuales se transmitían de manera hereditaria formó parte de la esencia de la cultura cristiano-occidental de la época y además, funcionó como pilar para defender que las razas y las naciones se distinguían unas de otras no sólo por sus características físicas, sino también por los valores morales y por la intelectualidad (Pérez Vejo, 2015). El desarrollo científico y, sobre todo, la interpretación de las teorías de Darwin, otorgaron al racismo una base científica y el liberalismo no tardó en acogerlo y defenderlo.

Hobsbawn también hizo referencia a la noción de raza como parte del nacionalismo moderno. “Las diferencias visibles en el físico son demasiado evidentes como para pasarlas por alto y con excesiva frecuencia se han utilizado para señalar o reforzar las distinciones entre “nosotros” y “ellos, incluyendo las distinciones nacionales.”



(Hobsbawn, 1990: 74). De esta forma, el papel de la raza como exterior constitutivo hace que la raza “visible” tienda a ser negativa, porque lo habitual es que se utilice para definir más al otro que al grupo de uno mismo.

En el continente latinoamericano, los años posteriores de la independencia estuvieron marcados por la exclusión y la segregación. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurriría más tarde, en los primeros años el “problema indio” no fue racial, sino sociopolítico. El atraso y la marginación de las poblaciones indígenas se atribuyó a la segregación que experimentaron durante el periodo colonial, en la que fueron obligados a vivir excluidos. El historiador liberal y político mejicano José María Luis Mora defendió esta visión en 1836 en su ensayo “Méjico y sus revoluciones”. Sin embargo, a medida que el racismo científico cobraba importancia era cada vez más habitual encontrar argumentos racistas en textos liberales como por ejemplo, en los del gobernador de Chihuahua Enrique Creel.

El caso de Méjico es paradigmático. El nuevo estado mejicano se asumía como heredero y continuador de las naciones eternas, cuyo origen era prehispánico. El relato hegemónico se articulaba en torno a la idea de una nación mejicana prehispánica que muere en la conquista y resucita con las independencias. A priori, puede parecer que se trataba de una narrativa inclusiva con las comunidades indígenas. Sin embargo, a medida que avanzaba el siglo XIX y el racismo científico, este relato se volvió problemático. Por un lado, los liberales que habían asumido la cientificidad del racismo tuvieron muchos problemas para seguir apostando por el relato prehispánico. Por otro lado, los conservadores tuvieron menos inconvenientes al ser impermeables al racismo biológico y defensores de un relato en el que lo prehispánico era marginal. Así, se daba una paradoja: la nación mejicana que se asumía como heredera de lo prehispánico pero a que a la vez consideraba a sus descendientes un pueblo inferior y degenerado (Pérez Vejo, 2015). En consecuencia, hubo que plantearse qué hacer con las comunidades indígenas.

En este punto, hay que tener en cuenta que los estados-nación se construyeron a partir de la idea de que las naciones eran una realidad natural con objetivos propios y que no todas las personas que vivían en ella eran igualmente apropiadas para lograr dichos objetivos. Desde esta creencia, se podía considerar que la desaparición de estas comunidades era un bien deseable para la nación. En relación a esto, Tomas Pérez Vejo

apunta: “la mala calidad étnica de las razas nativas encontraba solución en una especie de genocidio blando, el mestizaje. Un mestizaje en el que los rasgos negativos de la raza más débil se diluían en un progresivo proceso de blanqueamiento, con el componente europeo actuando de elemento regenerador” (Pérez Vejo, 2014: 188).

Carlos de Gagern cuando se presentó como capitán de ingenieros ante la Sociedad de Geografía y Estadística en febrero de 1854 se refirió a este genocidio blanco, publicado en el periódico liberal *El siglo XIX* (*El siglo XIX*: citado en Pérez Vejo, 2015)

“...la consunción de las razas inferiores (...) se efectúa de tres maneras distintas: o por una violencia de destrucción individual, como por ejemplo en el Sur de África y en centro de Asia; o por la mera aptitud mayor en la raza invasora por la cual la indígena puede decirse desaparece y muere naturalmente, como sucede por ejemplo con los indios bárbaros de Estados Unidos del Norte; o en fin por la fusión que no es sino otra forma de aniquilamiento. Un ejemplo de tal amalgama nos lo ofrecen México y las repúblicas de la América del Sur.”

Esta idea de blanqueamiento a través de la inmigración europea como solución a los problemas de la nación impregnó todo el continente latinoamericano. Las élites que se estaban dedicando a construir los estados-nación defendieron la necesidad de aumentar la población de raza blanca para que enseñara a industrializar los estados y los fortaleciera.

A finales del siglo XIX, el debate sobre la exclusión étnica y los dispositivos de conformación nacional derivó en dos vertientes. Retomando el caso mejicano, por un lado, las políticas migratorias prohibían la entrada de poblaciones nativas y negros. La entrada estaba reservada a inmigrantes europeos y todos aquellos que no se consideraban nocivos para la nación. También se rechazaba la entrada de mano de obra negra para evitar que se mezclaran con los indígenas y el problema aumentara. Entre el mal de regiones despobladas o el mal de regiones pobladas por negros, era preferible el primero (Pérez Vejo, 2014). Por otro lado, la identidad étnica como sujeto político de los estados nación. El fundamento último de la soberanía política descansa en una forma de identidad colectiva: la nación definida bajo criterios étnicos culturales.

Es evidente por tanto, que el racismo y la exclusión forman parte de la naturaleza del nacionalismo latinoamericano. Hemos comprobado que los discursos de la nación se desarrollan de forma paralela a los discursos sobre la raza en el siglo XIX.

## **Etnicidad, civilización y homogenización**

En 1888 la Cámara de Diputados argentina discutía sobre la distribución de las tierras que recientemente habían conquistado al sur de Río Negro, en la que habitaban grupos indígenas. Este hecho inició un debate sobre la forma en la que se estaba tratando a estas poblaciones y algunos diputados denunciaron que no se los estaba considerando como ciudadanos de Argentina, aunque así lo recogiera la constitución. Sin embargo, algunos miembros de la cámara argumentaban que los mapuches eran salvajes y que no estaban civilizados. Así, se planteó la cuestión de cómo se podía civilizar a estos grupos indígenas. La Comisión de Colonización y Tierras Públicas sostuvo que la forma de civilizarlos pasaba por obligarlos a adoptar la forma de vida hispánica y que los nativos que no se adecuaban a ella debían quedar excluidos de la vida pública. De esta forma, la “civilización” funcionaba como una especie de metáfora que capacitaba la participación en la vida pública. (Earle, 2007).

Civilizar a los indios significaba de manera simultánea purgar y liberar. Esta ambivalencia fue recogida por el diario *La Prensa* de Buenos Aires en su editorial de 1878:

“Estamos comprometidos en una lucha racial en la que el espantoso curso de extinción pronunciado en nombre de la civilización, cuelga sobre la cabeza del indígena. Por lo tanto, destruyamos esa raza moralmente, aniquilemos su autoridad y organización política, que sus tribus desaparezcan y, si es necesario, que sus familias se dividan. Esta raza dispersa y rota al final abrazará la causa de la civilización.”

En otras palabras, el indio iba a ser exterminado y civilizado a la vez. Los planes del gobierno pasaban por ocupar el desierto en una especie de cruzada contra los bárbaros. Los habitantes del desierto debían aceptarlo o serían forzados a abandonarlo en beneficio de la civilización (Earle, 2007). Se daba la situación paradójica de que la legislación argentina obligaba a los diputados a reconocer a las poblaciones indígenas como ciudadanos de Argentina, pero estos eran incapaces de reconocerlos como civilizados. Las elites del país consideraban que la solución a esta paradoja era eliminar estas poblaciones inferiores de forma progresiva marginándolas.

Sobre esta cuestión, Quijada apunta que durante las independencias la nación que formaba parte del imaginario de las elites criollas era incluyente y la heterogeneidad que a ella se vinculaba iría desapareciendo a través de una educación orientada a formar

ciudadanos (Quijada, 2003). Se creía que la dimensión institucional de la nación superaría a la cultural. No preocupaban tanto los aspectos raciales o culturales, sino los aspectos vinculados a la sociabilidad que impidiera la construcción de naciones de ciudadanos. Se perseguía “el modelo utilitarista del individuo industrioso e ilustrado que persigue sus propios intereses y cuya máxima fidelidad, como ciudadano virtuoso, sería el Estado civil.” (Ch.A. Hale, 1977; citado en Quijada 2003: 179). Esta imagen de la nación cívica cambiaría a mediados de siglo y cobraría fuerza la idea de que la nación debía borrar o destruir lo bárbaro que había en su seno. Así, la nación cívica que había sido imaginada paulatinamente se asoció a la necesidad de exclusión para lograr una nación civilizada. Vemos así como la dicotomía entre nacionalismo cívico y nacionalismo étnico presenta en ocasiones problemas empíricos y teóricos. Para Ramón Maíz cada proceso de construcción nacional procede mediante una articulación compleja de la etnicidad aportada (redescubierta, seleccionada e inventada) por los intelectuales fundadores y las vicisitudes políticas e institucionales posteriores. Por tanto, toda pretensión de distinguir lo cívico de lo cultural es en vano.<sup>1</sup>

Como instrumento fundamental para construcción de naciones orientadas al progreso se fue imponiendo la inmigración europea. Se trata de fusionar la población nativa con elementos que el imaginario liberal asociara a las naciones civilizadas, como una forma de “civilizar las mentalidades”. En consecuencia, el objetivo de esta fusión entre nativos y europeos, no era solo la de favorecer el desarrollo de naciones civilizadas sino de ciudadanos “blanqueados” en el color, y “europeizados” en la mentalidad (Quijada, 2003).

El discurso de las elites sobre la cuestión indígena se desarrollará a partir de la idea de que el indio contemporáneo era miserable y rudo y el indio pre-hispánico glorioso. Se trata de una apropiación de la cultura indígena pasada y de un rechazo a lo contemporáneo, que se ha degradado durante la conquista. Este fenómeno se da en la mayoría de los procesos de construcción nacional del continente.

En Perú por ejemplo, los periódicos de las elites como *El Comercio* contrastaban a menudo los logros de los incas con la condición degradada de las poblaciones indígenas contemporáneas.

---

<sup>1</sup> Per modum unius: Más allá de la dicotomía nacionalismo cívico vs. Nacionalismo étnico. Disponible en: [http://webspersoais.usc.es/export9/sites/persoais/persoais/ramon.maiz/descargas/Capitulo\\_47.pdf](http://webspersoais.usc.es/export9/sites/persoais/persoais/ramon.maiz/descargas/Capitulo_47.pdf)

“This distinction between the glorious indigenous past and the miserable indigenous present formed a significant part of elite discourse throughout the century. For example, conservative opponents of the 1836-39 Peruvian-Bolivian Confederation simultaneously lauded the Inca past and attacked the Confederation’s leader Andrés Santa Cruz as a barbarous Indian whose actions polluted the “sacred land of the Incas”. (Earle, 2007: 165)

En el caso de Colombia, los gobernantes hicieron hincapié en la necesidad de promover la civilización entre las poblaciones indígenas. Sobre todo entre las elites liberales se hablaba de la degradación de la población indígena contemporánea. Después de recorrer Colombia, el geógrafo Agustín Codazzi en la década de 1850 afirmaba que los indios contemporáneos eran completamente incapaces de estar a la altura de sus antecesores.

La misma situación se dio en Guatemala. Las elites liberales comparaban los antiguos mayas con sus indios contemporáneos a los que solían denominar como brutos. Los líderes del Estado de los Altos celebraron en 1838 las glorias del pasado pre-hispánico en celebraciones y escritos patrióticos. Sin embargo, cuando se trataba de los indígenas contemporáneos las elites coincidían en que estos eran primitivos y no eran civilizados. Cuando los liberales tomaron el control del gobierno en 1865 los mayas eran vistos como un problema por su falta de civilización que podía debilitar a la nación. Así lo expresaba el *Diario de Centro América* en 1879.

En Chile las elites estuvieron más divididas. Algunos argumentaban que las poblaciones pre-hispánicas demostraban más civilización que los indígenas contemporáneos. No obstante, otros consideraban que durante la ocupación del territorio Mapuche por parte de Chile se había acentuado el barbarismo de los indios. Mientras, las elites intelectuales debatían la posibilidad de convertir en civilizados a los indios.

### **Lenguaje y mitos**

La importancia de la historia en la construcción nacional es enorme. El concepto de nación lleva implícita una memoria colectiva que se construye a través de la historia, de la selección de la historia concretamente. Funciona como el pilar en la elaboración de mitologías nacionales y trae consigo una jerarquización del “nosotros” frente a “los otros”. Mónica Quijada explica cómo se forma esta lógica jerárquica:

“Si la búsqueda de los orígenes implicaba un acto de singularización, afirmando el “nosotros” frente a “los otros”, ello entrañaba también el reconocimiento implícito de la diversidad. Pero la afirmación de la singularidad en la diversidad tenía una segunda implicación: la voluntad de jerarquización. Y aquí es necesario recordar que, si el pensamiento científico del XVIII había tenido como preocupación prioritaria la clasificación de la diversidad, el del siglo XIX se caracterizó por la insistencia en vincular esa misma voluntad clasificadora a escalas jerárquicas pretendidamente inapelables, a las que subyacía el interés por resaltar la superioridad propia en contraste con la inferioridad ajena.” (Quijada, 1996: 245).

Vemos así como la selección de los orígenes se hizo a partir de una escala jerarquizada. Los grupos que no compartían los valores del grupo primigenio que se selecciona se considera que no tienen la misma capacidad para la civilización. La labor de elaborar los relatos nacionales fue en la mayoría de los casos de historiadores y ensayistas como Manuel Orozco y Berra en México o José Victorino Lastarria en Chile. Su tarea consistía en seleccionar los capítulos del pasado para elaborar mitologías a través de las cuales unas sociedades particularmente heterogéneas habían de encontrar elementos de identificación colectiva (Quijada, 1996).

Merece la pena prestar atención a un autor en concreto que abordó el problema de la afirmación nacional mediante la detección y revalorización de los orígenes. Vicente Fidel López llevó a cabo una investigación recogida en el libro *Les Races Aryennes du Pérou* (Esas razas arias del Perú) que estimulaba el orgullo patriótico de las nuevas naciones y legitimaba las independencias. Hablaba del pasado incaico, de su lengua quechua en concreto y de que se trataba de una raza aria. Desde 1865 se fueron publicando artículos en la Revista de Buenos Aires enviados por este autor que defendían la siguiente tesis:

“No pertenece a la conquista española el mérito de haber transformado el desierto argentino formando en él los puestos civilizados que hoy existen. Esos puestos la precedieron: y esa transformación, cuando vino a usufructuarla, estaba ya consumada por el Culto al Sol. (...) Los telares, la agricultura, la metalurgia, la minera, la irrigación, la vida civil, las artes, las postas: todo estaba formulado y resuelto.” (López, 1869: 609: citado en Quijada, 1996)

Esta selección de lo incaico como grupo primigenio encerraba varios problemas. El primero de ellos era como justificar la apropiación de este grupo cuya época más dorada

se había desarrollado fuera de los límites del territorio al que el autor se refería. Para salvar esta cuestión, López recurrió a la toponimia. De esta forma, a través del análisis de los nombres de lugares en el territorio argentino pudo trazar fronteras al ver qué lugares tenían denominaciones en lengua quechua. El segundo problema tenía que ver como la ciencia había apartado la cultura americana y no se había producido contenido científico. Lo americano tenía un papel marginal en la ciencia por aquel entonces y había que legitimar su valor. En tercer problema estaba relacionado con esta legitimación y con como demostrar la antigüedad y el valor de la cultura quechua. Para ello, López optó por la filología como método científico que en aquel momento se hallaba en expansión y contaba con cierto prestigio en el viejo continente.

La lingüística se había preocupado hasta entonces de analizar los orígenes de las lenguas indoeuropeas y de utilizarlas para dotar a los pueblos europeos de valores remotos. La idea de fondo era que eran estas lenguas las que contenían los niveles más altos de desarrollo de todas las civilizaciones existentes. Así, confluyeron la antropología y la lingüística y dieron forma al gran paradigma de la raza en el siglo XIX, el paradigma de la raza blanca caucásica. En consecuencia, se establecía confluían la diversidad cultural jerarquizada y la diversidad biológica jerarquizada (Quijada, 1996). Como se ha comentado, para Vicente Fidel López era muy complicado ocupar un espacio en este tipo de debates sobre clasificación jerárquica y para ello, desarrolló una argumentación particular.

La apuesta de López fue seleccionar el origen incaico como germen de la nacionalidad argentina. La disciplina de la lingüística estaba monopolizada por las ideas de Müller que consideraba que las lenguas aislantes y aglutinantes, contenían un desarrollo significativamente inferior a las lenguas flexivas y que eran mucho más complejas. Además, se defendía la influencia del lenguaje en el pensamiento y que por tanto, cada lenguaje contenía cierto nivel de desarrollo intelectual. “En esta escala la lengua quechua aparecía como un producto híbrido incapaz de elevarse a las alturas del pensamiento abstracto dado que se encontraba en una fase imperfecta de civilización.” (Quijada, 1996: 225). El objetivo de López fue desmentir esta idea e intentar demostrar que la lengua Quechua era una lengua aglutinante que transitaba a los peldaños más altos de la escala. Para él, la lengua quechua era la lengua “aria” o indoeuropea en su fase de aglutinación. Parte de la concepción evolucionista del lenguaje que había

desarrollado Müller anteriormente y que afirmaba que las lenguas flexivas han pasado antes por ser aglutinantes, y previamente, aislantes.

Recapitulando, Vicente Fidel López elaboro una tesis que defendía que la lengua quechua era originalmente una lengua “aria” separada del tronco primigenio cuando éste estaba transitando al estadio del lenguaje siguiente. Era una lengua portadora del “genio de la raza” y tenía la capacidad de llegar a los peldaños más altos del desarrollo lingüístico (Quijada, 1996). Su propósito era colocar esta lengua en los peldaños más altos de la jerarquía cultural para así, poder utilizarla como dispositivo de conformación nacional en Argentina. Vemos así, como la construcción de la nacionalidad en algunos casos puede ser retorcida y muy compleja. Esto es evidente en un caso como el argentino, en el que los elementos que podían utilizarse para poner en común las diferentes realidades de la población eran escasos, y en consecuencia, había que formularlos como fuera.

## **6. Conclusiones**

A modo de conclusión, podemos confirmar la hipótesis que se planteaba inicialmente. Efectivamente, se desarrollan prácticas y discursos de exclusión étnico-culturales en la conformación nacional de América Latina. Hemos visto algunos de los dispositivos que formaron parte de este proceso: el racismo, la etnicidad, la idea de civilización y la jerarquía cultural. De esta forma, se ha cumplido con los objetivos de elaborar una revisión bibliográfica sobre la nación en América Latina y se han identificado algunos de los dispositivos que forman parte de la conformación nacional del continente. Asimismo, se ha observado que los estudios de la nación han cuestionado su naturalidad y que la mayoría, han adoptado una posición constructivista para el análisis del fenómeno latinoamericano.

La revisión histórica sobre el periodo de independencias ha servido para entender que éstas no se produjeron como un proyecto preconcebido de construir un estado en torno a la idea de identidad nacional, sino para garantizar los intereses de una elite criolla frente a la decadencia del imperio español. Construir la nación era un reto. Había que elaborar modelos culturales que se introdujeran en el imaginario de la población de los nuevos estados. Para ello, se partió de la idea de que la nación era una realidad con objetivos propios y que sólo la etnia primigenia podía favorecer a los objetivos de la nación.



Estos hechos nos invitan a observar el fenómeno nacional en América Latina desde la corriente teórica del modernismo, en la que la nación es vista como un mecanismo cultural fabricado por las elites en el poder para fortalecer los estados en el contexto de la modernidad. Paul Brass entendía que las naciones eran herramientas de las elites para la dominación y que tenían mucho que ver con la construcción del estado y el desarrollo del capitalismo (Brass, 1991). Para cohesionar los nuevos estados era indispensable elaborar un relato de la nación y crear las condiciones para establecer vínculos entre la ciudadanía. Tal y como apuntaba Anderson, las elites criollas fueron pioneras en esto. Crearon comunidades imaginadas que funcionaran como columnas verticales de unos nuevos estados que aspiraban fortalecerse para poder ser competitivos en los mercados internacionales. Como señala Quijada (2003), se perseguía un modelo utilitarista del individuo industrial, y en él no cabían las creencias y costumbres comunitarias de la mayor parte de la población indígena. Se entendía por consiguiente que no todos podían contribuir igual a los objetivos de la nación y que la exclusión era deseable en muchos casos. Sobre esto, Gellner ya había afirmado que las naciones habían funcionado en ocasiones como procesos de transición hacia sociedad industrializadas y capitalistas y que dotaban a las nuevas masas de ciudadanos de una identidad nacional (Gellner, 1983).

Por otro lado, las teorías etnosimbólicas de A. Smith también nos pueden ayudar a comprender la dimensión simbólica del fenómeno. Smith no rechaza el constructivismo, pero considera necesario prestar atención a los recursos simbólicos de identificación nacional. En concreto, crea el concepto de *Etnogenesis* para denominar a los procesos en los que las naciones se crean a partir de la etnia preexistente (Smith, 2009). Los textos de Tomas Pérez Vejo y de Rebeca Earle demuestran que el discurso de la nación ha estado vinculado al pasado prehispánico de las comunidades, sobre todo el México que se han elaborado modelos culturales concretos para introducirlos en el imaginario de la población.

Sobre esta cuestión, Thiesse defiende que la construcción de identidades nacionales permite diferentes montajes a partir de las mismas categorías básicas. Describe la identificación nacional como un proceso en el que la primera fase es la identificación con los antepasados, después la fijación del folklore y finalmente se convierten este conjunto de ítems en una cultura de masas (Thiesse, 1990). Hobsbawm por su parte, sobre la etnicidad considera que “casi siempre está relacionada de alguna forma no

especificada con el origen y la descendencia comunes, de los que supuestamente se derivan las características comunes de los miembros de un grupo étnico.” (Hobsbawm, 1990:74). Hemos visto como el discurso de las elites sobre la cuestión indígena se desarrolló a partir de la idea de que el indio contemporáneo era miserable y rudo y el indio pre-hispánico glorioso. Por tanto, las aportaciones etnosimbolistas pueden arrojar luz sobre cuestiones clave de la construcción nacional en América Latina, vinculadas a los aspectos culturales y simbólicos del relato de la nación.

En consecuencia, tanto la corriente modernista como la etnosimbolista nos sirven para comprender el fenómeno nacional latinoamericano. Se trata de posicionarse en un camino intermedio entre el constructivismo y el esencialismo que permita abordar los aspectos socioeconómicos, pero también la dimensión cultural. Asimismo, hay que tener en cuenta que las circunstancias y los procesos de construcción nacional se dieron de forma distinta en cada país del Continente y que lo ideal, sería una revisión exhaustiva de cada uno de ellos. Sin embargo, este primer acercamiento nos ha permitido tener una imagen global del fenómeno nacional del Continente y un bagaje bibliográfico considerable.

## BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Junco, José. (2016). *Dioses útiles*. Barcelona. Galaxia Gutemberg.
- Anderson, Benedict. (1983). *Comunidades imaginadas*. México D.F. Fondo de cultura económica.
- Bayly, C.A. (2004). *El nacimiento del mundo moderno 1780-1914*. Madrid. Edición de 2010 de Siglo XXI de España.
- Brass, Paul. (1991). *Ethnicity and Nationalism: Theory and Comparison*. New Delhi, Sage.
- Céspedes del Castillo, G. (1988). *La independencia de Iberoamérica*. Madrid. Anaya.
- Charterjee, P. (1993). *The nation and Its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*. Princeton. Princeton University Press.
- Del Alcazar, Joan, et al. (2002). *Historia Contemporánea de América*. Valencia. Edición de la Universidad de Valencia.
- Earle, Rebeca. (2007). *The Return of the Native. Indians and Myth-Making in Spanish America, 1810-1930*. Durham and London. Duke University Press.
- Grosby, S. (2005). *Nationalism: A very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Hirschi, C. (2012). *The Origins of Nationalism: An Alternative History from Ancient Rome to Early Modern Germany*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hobsbawm, E.J. (1990). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona. Editorial Crítica.
- Lynch, J. (1976). *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*. Barcelona. Ariel.
- Maíz, Ramón. (2004). "Indigenismo político en América Latina". *Revista de Estudios Políticos*. Nº 123. 129-174
- Moreno Almendral, R. (2016). *Corrientes teóricas para el estudio de las naciones y el nacionalismo: críticas y alternativas al paradigma modernista*. *Revista de Estudios Políticos*, 171, 225-253.

Osterhammel, Jürgen (2014). *La transformación del mundo: Una historia global del siglo XIX*. Barcelona: Editorial Planeta.

Perez Benavides, Amanda Carolina y Yujnosky, Inés (2010). Las representaciones de la nación en América Latina, siglos XIX y XX. *Memoria y sociedad*. Vol. 14 N° 28. 7-10

Pérez Vejo, Tomás. (2003). “La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispánico.” *Historia Mexicana* 2 (vol III), 275-311.

\_\_\_ (2014). “Exclusión étnica en los dispositivos de conformación nacional en América Latina.” *Interdisciplina* 2, num. 4. 179-205.

\_\_\_ (2015). “Extranjeros interiores y exteriores: la raza en la construcción nacional mexicana” En Pablo Yankelevich (coor), *Inmigración y racismo. Contribuciones a la historia de los extranjeros en México*. Colegio de México. 89-125

Quijada, Mónica. (1996) “Los “Incas Arios”: Historia, Lengua y Raza en la Construcción nacional en Hispanoamericana del siglo XIX.” *Centro de Estudios Históricos C.S.I.C., Madrid*. Vol. XX. N°2. 243-264

\_\_\_ (2003) “¿Qué nación? Dinámica y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano.” *Inventando la nación. Iberoamérica Siglo XIX*, de Antonio Annino y François-Xavier Guerra (coords.) 287-315. Mexico: Fondo de Cultura Económica.

Smith, A.D. (2009). *Etno-symnolism and Nationalism*. New York. Taylor & Francis e-Library

Thiesse, A.M. (1999). *La creación de las identidades nacionales*. Madrid. Editorial Ezero.

Yuval- Davis, N. y Anthias, F. (1989). *Woman-Nation-State*. Londres: Macmillan.